



Sobre Borges* de Valéry Larbaud

Traducción e introducción de
John Jairo Gómez Montoya
Universidad de Antioquía
jairgo15@yahoo.es

Valery Larbaud y el bautismo francés de Borges

En nuestra época, hablar de Borges para exaltar sus virtudes como escritor y su cosmopolitismo es casi un hábito en los ámbitos académico y literario. A veces no es más que una pose, una simulación. Hacerlo en 1925, cuando el joven Borges era un desconocido, no solo en Europa, sino en su propia tierra, era una audacia, casi una temeridad. En 1925, se acababa de publicar, en la Editorial Proa de Buenos Aires, el primer libro de ensayos de Borges, titulado *Inquisiciones*. En diciembre de ese mismo año, en *La Revue Européenne* de París (año 3º, t. VI, nº 34, pp. 66-70), se publica un artículo titulado “Lettres argentines et uruguayennes. – Un critique argentin. – Un poète uruguayen. Une revue.” El crítico argentino presentado era Borges; el poeta uruguayo, Pedro Leandro Ipuche. El autor de ese artículo era un desocupado lector, traductor y viajero de 44 años: Valery Larbaud. El conocimiento de varias lenguas (el inglés, el español, el italiano, el portugués) le había permitido a Larbaud habitar en varias regiones de lo que él llamaba “la república de las letras”. Con ese artículo, París, es decir Europa, supo por primera vez de la obra crítica de un joven suramericano que escribía con igual rigor y lucidez de diversas literaturas del orbe. Fue necesario que transcurrieran más de 30 años para que la fama hiciera su trabajo: en 1961, en Formentor, Borges recibe, junto a Samuel Beckett, el Premio Internacional de Editores. Desde entonces, citar a Borges se convirtió en una costumbre de la intelectualidad francesa. Ya es leyenda que un pasaje de un texto de Borges titulado “El idioma analítico de John Wilkins”, incluido en *Otras inquisiciones*, incitó a Michel Foucault a escribir *Las palabras y las cosas*. Para Foucault, la perpleja enumeración de las clases de animales atribuida a cierta enciclopedia china afectaba los cimientos del pensamiento occidental. Era una provocación, una inteligente y risueña provocación. Pero, en 1925, ¿a quién le podía interesar lo que el joven Borges escribía? Aún se

* Título del original: *Sur Borges*. Este texto se publicó por primera vez en *La Revue Européenne*, año 3, t. VI, nº 34, diciembre de 1925. En 1981, *Les Cahiers de l’Herne* lo incluyó en el volumen dedicado a Borges (París: Éditions de l’Herne, 1981, pp. 111-112).

hallaban vivos en él su pasión por las metáforas asombrosas, las huellas de su paso por el ultraísmo, cierto barroquismo en su expresión. Sin embargo, también se hallaba bien fraguado un pensamiento que pretendía abarcar el universo de las letras, hasta regiones a las que muy pocos suramericanos se habían aventurado: los dominios inglés, alemán, italiano, nórdico, francés, portugués, árabe, etc.; el idealismo de Berkeley, el expresionismo alemán, la poesía de Omar Jayam, el pensamiento de Unamuno, el Ulises de Joyce, todo eso y más se reunía en *Inquisiciones*, para el asombro del lector europeo que no esperaba recibir tan ilustres noticias de estas salvajes tierras...

La tarea que cumplió Larbaud respecto a Borges fue la misma que cumplió respecto a Samuel Butler, James Joyce, Walth Whitman, Eça de Queiroz, Oswald de Andrade, Italo Svevo, Miguel de Unamuno, Rafael Gómez de la Serna, Mariano Azuela, Ricardo Güiraldes, Alfonso Reyes, Jorge Isaacs, entre otros: la del revelador, la del visionario. Fue él quien presentó a estos autores y sus obras ante el público francés. Fue el passeur.

En este número de *Mutatis Mutandis* dedicado a Borges, hemos querido recuperar para nuestros lectores esa página olvidada, aquel artículo de 1925 que tal vez pasó inadvertido para muchos lectores de esa época. Hoy, leído desde la distancia otorgada por el tiempo, ese texto adquiere un valor inusitado que en esa época no podía tener: el de un hito, el ingreso de una obra en otro continente y en otra cultura, el bautismo francés de Borges. Presentamos la versión original, como la reprodujo *Les Cahiers de l'Herne* en su edición consagrada a Borges, en 1984, y nuestra traducción al español.

Asimismo, presentamos otro texto olvidado de Larbaud, más antiguo que el anterior: el ensayo *De la traduction*, publicado en noviembre de 1913 en la revista *L'Effort libre*, y también reproducido por *Les Cahiers de l'Herne* en el volumen dedicado a Larbaud (París, 1992). Dos aspectos sobresalen en la idea que tenía Larbaud sobre la traducción: “complemento del aprendizaje” y “apropiación de la obra”.

Sobre Borges

Inquisiciones de Jorge Luis Borges (Editorial Proa, Buenos Aires, 1925) es el mejor libro de crítica que hemos recibido, hasta hoy, de América Latina o, por lo menos, el que mejor corresponde al ideal que habíamos concebido sobre un libro de crítica publicado en Buenos Aires. Pensábamos, en efecto, que en esa capital, más cosmopolita que cualquiera de nuestras capitales europeas, debería formarse, tarde o temprano, una élite intelectual que produciría una crítica tanto europea como americana, muy amplia, muy libre, muy audaz - una crítica de humanistas y católicos (en el doble sentido, etimológico e histórico, de esta palabra) -, cuyos juicios serían muy interesantes para nosotros, literatos europeos. Jorge Luis Borges, el más moderno de los poetas de Buenos Aires, es decir, de los que expresan poéticamente la vida cotidiana y el paisaje de Buenos Aires (cf. *Fervor de Buenos Aires*, su reciente libro de poemas), parece justificar nuestra esperanza y saludamos, en su libro *Inquisiciones*, el principio de una nueva época de la crítica argentina. En efecto, Borges posee, sin hablar de sus dones y de su estilo de escritor, la cultura y el saber. Confundimos ambas cosas; usamos la palabra “cultura” en un sentido vago e impreciso (como usamos muchas otras palabras); pero, si definimos la cultura como “el resultado de un desarrollo armonioso del espíritu sutil”, vemos que un hombre puede ser muy culto, aunque carezca de un saber amplio, y puede saber mucho, aunque no sea culto. Para el pueblo argentino, formado por una mezcla de las razas más civilizadas de Europa (y de las más antiguamente civilizadas), la cultura es algo más accesible que para los norteamericanos, procedentes de razas si no inferiores, por lo menos de civilizaciones más recientes y, por consiguiente, más rígidas (en el sentido evolucionista de la palabra: “el ganso es un organismo rígido”), menos cosmopolitas, menos intelectuales. Lo que al crítico argentino podía faltarle, más fácilmente que la cultura, es el saber. Durante mucho tiempo, los intelectuales de América Latina - en este aspecto, discípulos inconscientes de Simón Bolívar - se habían conformado con elementos culturales meramente franceses o, en el mejor de los casos, franco-españoles; las literaturas inglesa y alemana se hallaban fuera de sus perspectivas y, como dice el refrán, “ojos que no ven, corazón que no siente”: su curiosidad no los llevaba a esas regiones. Habían leído, por ejemplo, a Darwin y a Nietzsche, pero en francés. El elemento cultural italiano también les faltaba, a pesar de que pertenecían a la nación más italianizada del Nuevo Continente. Ahora bien, encontramos la mayoría de esos elementos representados en *Inquisiciones*. Apuntes o estudios sobre la filosofía de Berkeley, sobre Sir Thomas Browne, Edward Fitzgerald y James Joyce; un estudio sobre el expresionismo alemán; otros estudios sobre Torres Villarreal, Quevedo, Unamuno, Cansinos-Assens, R. Gómez de la Serna; autores citados, como W. H. Hudson, Rainer Maria Rilke, Edouard Dujardin y Max Jacob, así como clásicos españoles, ingleses y franceses; la misma sustancia de esos estudios y el contexto donde aparecen esos nombres nos muestran que este crítico argentino posee un saber (una materia prima) que hubiera causado estupefacción y, tal vez, escándalo entre sus predecesores del siglo XIX. También creo ver en él, además de la influencia de críticos

franceses y españoles (de Unamuno al “ultraísta” Guillermo de Torre), el conocimiento de las teorías de los italianos De Sanctis y Croce.

Pero la crítica de J.L. Borges no es solo la de un historiador de las literaturas europeas, la de un mero erudito. Posee y defiende una doctrina estética que se basa en el idealismo de Berkeley y niega la existencia del Yo y sus productos: el Tiempo y el Espacio. La poesía es “divina” en el sentido de que es un puro presente, una eternidad. Desde esa posición, J.L. Borges combate el sentimiento romántico del Misterio y los epítetos negativos (“inefable”, etc.).

Inquisiciones, que comienza con un homenaje a Torres Villarroel (1693-1770), nuestro hermano en Quevedo y en el amor de la metáfora, también contiene apuntes sustanciales sobre la verdadera poesía “clásica” de Argentina y Uruguay, es decir, la llamada poesía “criolla”, la que surgió de la lírica popular y que, según J.L. Borges, después de nacer en Uruguay con las *Trovas* de Bartolomé Hidalgo (1822), produjo en Argentina sus primeros monumentos: el *Santos Vega* de Ascasubi, el *Fausto* de Estanislao del Campo y su obra maestra, el *Martín Fierro* de Hernández y, finalmente, “cierra hoy su gran órbita con los cantos de los uruguayos Pedro Leandro Ipuche y Fernán Silva Valdés”. (*Inquisiciones*, p. 56).

En *La Revue Européenne*, diciembre de 1925.